

# 1

## El comienzo de la historia

Hace muchos años se rompieron tres cosas que yo intenté unir: un país, una foto y un amor oculto.

En un mundo hecho para los mayores, los niños son mudos y casi invisibles, algo que desde mi inocencia no comprendía. En aquel tiempo me preocupaban varios temas: quería saber si solo se morían los viejos, si la guerra era una enfermedad contagiosa y si era posible subir por las paredes y escalar hasta las estrellas.

También buscaba respuestas para saber por qué a los rojos les llamaban «rojos» si nunca se vistieron de rojo, y quién ponía sacos de harina en las calles para proteger a los soldados.

Yo solo tenía 10 años...

Y cuando aquella inocencia empezó a desaparecer, me di cuenta de que en el mundo había algo más que pastelerías, sonrisas y barcos con alas. En aquel momento me hubiese gustado tener a alguien a quien poder llamarle «papá», pero yo solo tenía a mamá y ella me tenía a mí.

También recuerdo que mamá me hablaba de un «gran amigo»: un soldado muy importante. Aunque eso... nadie debe saberlo. Es un secreto y, como en los cuentos, los secretos no deben desvelarse porque es muy, muy peligroso.

En fin... esta es mi historia:

## Cuando descubrí que no solo se mueren los viejos

Nunca había visto llorar a mamá. Tampoco a papá, pero esto es más normal porque yo no tengo padre. Bueno... sí que lo tengo, pero no sé dónde está. Antes mamá decía que no venía a casa porque tenía mucho trabajo; después decía que había salido de viaje, y últimamente dice que pronto lo veremos...

Yo no entiendo nada.

¿Cómo es posible que los mayores no se preocupen de algo tan importante como la desaparición de un padre?

Pero si mamá lo dice...

Hoy me he acordado de eso porque me siento raro: tanto madrugar, desayunar a toda prisa, hacer las maletas... y, encima, voy a su habitación y me la encuentro llorando, sentada en la cama.

Desde la puerta, lo primero que vi fue una foto rota tirada en el suelo y lo segundo —lo más importante— a mamá escondiendo su cara entre las manos.

Le pregunté qué pasaba y ella, tosiendo, me dijo que se había atragantado con un trozo de pan. Al principio le creí, pero cuando me abrazó y vi sus ojos rojos y llenos de lágrimas pensé que no había pan en el mundo capaz de ponerle a nadie esa cara de pena.

—¿Por qué estás llorando? —pregunté, asustado.

—Por nada, cariño... Solo estoy un poco triste porque nos vamos.

—Pero tú has dicho que es una excursión. Cuando uno va de excursión está contento, no llora...

«Tengo diez años, mamá, ya no soy un bebé», pensé.

Y señalando hacia su cama, añadí:

—... ni tampoco lleva maletas.

Sería una excursión, pero no se parecía en nada a la que hicimos los niños de la escuela con mamá, que era nuestra profe, a final de curso: habíamos ido al monte a ver unas piedras raras. Caminamos muchas horas, primero por el bosque y luego por la montaña, hasta llegar a un lugar desde donde se veía casi todo el mundo. Estaba tan alto que el cielo era redondo, y a lo lejos, la Tierra tenía forma de bola; era como estar debajo de una gran carpa.

Desde allí, Mamá (mis compañeros la llaman «doña Irene») nos enseñó unos dibujos que unos hombres tallaron hace miles de años en unas rocas. Después bajamos hasta un río, bebimos agua fresca y comimos bocadillos. Y por la tarde, reventados por la caminata pero muy contentos, regresamos al pueblo.

Eso es una excursión. Y allí nadie lloró ni anduvo con maletas.

Ahora con esto de la guerra dicen que no hay escuela. A mamá no le dejan dar clases. «La gente está en otras cosas», dice ella, y a mí me da igual. Bueno, no me da igual: ¡me parece genial! Con lo que a mí me gusta ir al monte y descubrir tesoros... ¡Tengo todo el día para buscarlos!

Durante el verano no he parado, y ahora que estamos en otoño y seguimos sin cole, pues nada, me paso el día en el Castro buscando vasijas y monedas antiguas.

Hay un señor muy viejo —yo creo que es el más viejo del pueblo—; se llama Orencio. Dice que en el Castro, hace mil años, hubo una ciudad, y que según una leyenda allí está enterrado un gran tesoro.

Orencio tiene una finca cerca de allí y cada vez que me ve pasar me anima a que busque el «Tesoro del Rey Breogán». «Cuando lo encuentres —dice— te llevarás una gran sorpresa porque estarás rodeado de oro».

Yo creo que es el tesoro más grande del mundo...

\* \* \* \* \*

Mamá dejó de llorar. Se levantó y siguió doblando la ropa. Su cara de pena volvía a estar hermosa, como siempre, aunque tenía su melena morena algo despeinada.

—¿Tú crees que para esta excursión necesitamos llevar maletas? —insistí yo, mientras mi mente se adelantaba a la respuesta.

—Bueno... —respondió ella— digamos que será una excursión un poco larga.

—¿Como cuánto de larga?: ¿dos horas, medio día?...

—Un poco más, Sebas. Primero iremos en autobús, luego en tren y luego en barco. Estaremos fuera algunas semanas... Puede que varios meses.

—¿Has dicho en barco? —puse los ojos como platos—. ¿Y a dónde vamos en barco?

—A un lugar al que no se puede llegar por tierra.

—¿A una isla?

Mamá no respondió y yo no insistí más.

Me quedé sentado en la cama mirando al suelo. La foto rota seguía allí, boca abajo y partida en dos.

Pensé que estar fuera de casa «semanas o meses» e ir en barco «a un lugar al que no se puede llegar por tierra» tenía que deberse a un motivo muy, muy importante. No recordaba yo excursiones tan largas; ni siquiera en verano, cuando íbamos a la playa de Sada.

—Es por la guerra, ¿no? —dije sin apartar la vista del suelo.

—Sí —respondió mamá, y se puso otra vez triste.

—¿Nos escapamos para que no nos maten? —pregunté; pero lo dije sin miedo, por decir algo.

Realmente yo no tengo miedo a la muerte. Sé que es algo malo, pero como solo se mueren los viejos... pues no me importa demasiado. Seguro que al viejo Orencio sí le preocupa.

Lo que sí me llama la atención es que llevamos unos meses hablando siempre de lo mismo: la guerra, las bombas, las pistolas, los malos, los buenos... y siempre la muerte, la dichosa muerte. Y claro, con tanta muerte, estoy empezando a dudar: a ver si va a resultar que no solo se mueren los viejos. Y eso ya me preocupaba un poco más.

Mamá volvió a dejar la maleta y me abrazó de nuevo, ahora tan rápido y con tanta fuerza que me asustó. Casi me rompe.

Sin despegar su cara de la mía noté un gemido y en ese instante entró doña Clara.

Mamá me dio un beso y siguió preparando la maleta.

Doña Clara se pasa el día limpiando y cocinando. No tiene acento gallego porque es de Castilla, un lugar que debe de ser muy grande porque cada verano, cuando los hombres van allí, el pueblo se queda medio vacío. Lo curioso es que este año tardan más en volver: pronto será Navidad y aún no han regresado.

—Sebas, sal a ver si ha llegado el autobús —dijo doña Clara señalándome la ventana.

«¿Salir? —pensé—. Para eso no hace falta salir a la calle. La parada del autobús está justo enfrente de casa. Basta con asomarse a la ventana». Iba a recordárselo, cuando ella volvió a insistir, ahora en silencio; y cuando doña Clara hace gestos silenciosos hay que obedecer.

Yo volví a mirar a mamá para ver si seguía atragantada con pan, y al ver que estaba más tranquila recogí disimuladamente la foto rota del suelo y salí de la habitación.

Nunca más volví a entrar en ella.

\* \* \* \* \*

Supongo que mi pueblo es como todos los pueblos. Tiene casas, una iglesia, una plaza, un par de tiendas y un bar. También tiene calles de tierra y adoquines y gente que camina por ellas —niños, mayores y viejos—, aunque los viejos caminan menos porque, como se mueren, se pasan el día sentados en los bancos de la plaza contándose cosas, no vaya a ser que no les dé tiempo.

Mi pueblo es tranquilo. Nunca pasa nada. Y eso me gusta.

Mamá dice que es el pueblo más bonito del mundo y tiene razón.

Solo hay una cosa que no me gusta de mi pueblo: si quieres tener un hermano o una hermana tienes que ir a buscarlos fuera, porque aquí no los hay. Mamá dice que a los niños del pueblo sus hermanos les han nacido en otras aldeas, lo cual para nosotros es un problema, porque si papá está de viaje (aunque pronto volverá) no podemos ir a por hermanos mientras él no regrese. ¿Qué diría papá si un día llega a casa y se encuentra con que mamá tiene dos o tres hijos más? A lo mejor se alegra, no lo sé... pero creo que antes debemos decírselo.

Aunque, para eso, papá tiene que volver.

De todas formas, quitando el tema de los hermanos, no hay nada más que no me guste de mi pueblo. Y lo mejor es que todos nos conocemos y nos ayudamos.

Por ejemplo, este famoso día de la excursión. Más que un viaje parecía un homenaje: en la parada del autobús (que está a veinte pasos exactos de mi casa) medio pueblo nos estaba esperando para despedirnos. Como yo no tengo ni hermanos, ni primos, ni abuelos, todos los vecinos parecían nuestra familia, e incluso el atontado de Delmiro, que siempre anda haciendo el gamberro, vino a despedirse ¡y me dio un abrazo!

Me dijo que me tenía envidia porque él nunca había hecho una excursión de varias semanas como la mía.

—Semanas o meses... —aclaré yo, haciéndome el importante.

Mientras nos dábamos besos y abrazos con todos, varios hombres cargaban en el techo del autobús las maletas y las cajas de los quince viajeros que nos íbamos de excursión.

¡No cabía ni un alfiler!

Una vez dentro, el conductor cerró la puerta y todos sacamos las manos y las cabezas por las ventanillas para saludar. Algunos vecinos sonreían y a otros se les atragantaba el pan; a mamá también (aunque esta vez debía de ser una miguita pequeña y lo solucionamos con un poco de agua de mi cantimplora).

Tardaríamos una hora en llegar a la estación del tren.

El autobús arrancó y mamá me abrazó con todas sus fuerzas.

Al llegar, lo primero que vi fue a un señor con una gorra roja y azul que llevaba en la mano una pequeña bandera. Creo que era jefe de algo. Nos saludó amablemente a todos y nos dijo que no nos acercásemos al borde del andén hasta que el tren hubiese parado completamente. Luego se metió en la oficina.

El viaje en autobús se me había pasado enseguida. Quizás fue porque me entretuve dándole de comer a una gallina que una señora llevaba en una jaula, no sé... Pero lo que sí tenía eran unas ganas tremendas de hacer pis. Siempre me pasa lo mismo: cada verano, cuando vamos a la playa en tren, tengo que ir al cuarto de baño a cada rato por culpa del traqueteo: que me viene, que me viene, que me viene... y empiezo a notar que la barriga me pesa y ya no me aguanto.

Y, claro, esta vez no iba a ser distinta.



Le dije a mamá que tenía que ir al baño y ella me esperó en el andén. Al volver vi que había llegado más gente, con más maletas y más cajas, pero yo no tenía claro que fueran a ir en la misma excursión que nosotros. No conocía a nadie, ni siquiera a los niños.

—¿Estos también irán en el barco? —le pregunté a mamá.

—No, cariño; puede que algunos... El tren es muy grande y lleva viajeros a muchos lugares —dijo mamá, convenciéndome, como siempre.

Esperamos de pie mucho más de lo que yo hubiera deseado y al fin llegó el tren con su ruido y sus humos.

El señor de la gorra y la bandera nos mandó subir a toda prisa y ya no hizo falta sacar manos y cabezas por la ventanilla porque no había nadie a quien saludar. La estación se quedó vacía y el tren arrancó, mientras el señor de la gorra agitaba la bandera mirando hacia la locomotora.

Para mí que era el mismo tren que cada verano nos llevaba a la playa de Coruña, con aquellos asientos de tiras de madera que se me clavaban en el culo pero que me gustaban porque a través de ellos podía espiar a los que iban detrás.

Cuando ya llevábamos muchísimo tiempo sentados —tanto que ya empezaba a oscurecer— me entraron ganas de hacer pis por segunda vez. Mamá iba leyendo un libro y estaba a punto de quedarse dormida. Susurrando le dije que tenía que ir al baño y que, de paso, caminaría un poco por el pasillo. Al terminar, me lavé las manos y me peiné con los dedos mojados, y como aquel era el último vagón abrí la puerta trasera y me acerqué a una especie de balconcito desde el que podía verse al tren alejarse de todo.

Me agarré a la barandilla, cerré los ojos y respiré profundamente.

El aire frío golpeaba mi cara.

Y de pronto oí:

—Hola.

Miré a mi izquierda y vi a un niño que estaba sentado en el suelo, abrazado a sus piernas.

—Hola —respondí.

—¿Vas a Bilbao? —me preguntó.

—¿A... Bilbao?

—Sí, es la última estación.

—Pues... no lo sé. ¿Allí hay barcos?

—No estoy seguro, pero creo que sí —dijo el niño, sin darle mucha importancia.

—Yo voy de excursión con mi madre y otros quince. Viajaremos en barco.

—¿Y a dónde vais en barco? —preguntó el niño.

Era una buena pregunta... También yo quería averiguarlo, pero entre el pan que se atraganta y los lloros de mamá me había quedado sin saberlo.

Íbamos de excursión y ya está.

—Vamos a un lugar al que no se puede llegar por tierra —respondí—. Creo que es una isla, por eso hay que ir en barco —añadí, con toda la razón del mundo.

—Yo me llamo Tono —dijo el niño—. Bueno... Antonio. ¿Y tú?

—Yo Sebastián, pero nadie me llama así. Todos me dicen Sebas.

Nos dimos la mano (no como Tono y Sebas, sino como Antonio y Sebastián) y yo me senté a su lado imitando su postura: envolviendo mis piernas con el abrigo.

Pasamos un rato en silencio. No se nos ocurría nada. Hacía mucho frío. El viento soplaba y olía a carbonilla. Las ruedas del tren chirriaban y de vez en cuando sonaba la bocina de la locomotora.

Comenzaba a aburrirme y dudé si volver junto a mamá o seguir allí con aquel niño. Al final decidí quedarme un poco más.

—¿Alguna vez has encontrado un tesoro? —le pregunté.

—Yo no ¿y tú? —dijo Tono, sorprendido.

—Yo tampoco. Pero en mi pueblo hay un señor que se va a morir, que dice que en el Castro hay enterrado el tesoro del Rey Breogán.

—¿Y él cómo lo sabe?

—Es viejo. Sabe muchas cosas —dije arrugando las cejas como los mayores.

—¡Pues que suerte tienes!: vivir en un pueblo donde hay un tesoro —repuso Tono.

—Bueno, pero ahora voy a estar fuera unas semanas. Es por la guerra, sabes...

De pronto el niño se puso triste, o quizás a mí me lo pareció. Bajó su cabeza y apoyó la frente en las rodillas. Luego comenzó a temblar y se quedó así sin moverse.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Tono respondió que sí sin levantar la cabeza. Después me miró. Estaba llorando.

—Es que mi padre... —dijo sollozando— murió en la guerra.

—¿Y de eso cuánto hace?

—Un mes.

—¿Era viejo? —pregunté. No sabía exactamente qué era una guerra: si un lugar, un castigo, una enfermedad... Algo malo, seguro. Pero lo que sí tenía claro era que solo se morían los viejos. De eso no había duda.

Tono apoyó la cabeza en sus manos y se quedó mirando la vía que se alejaba.

Luego comentó:

—No, mi padre no era viejo... Bueno, solo un poco. Pero no tenía bastón ni se le caían los dientes.

«Entonces, si no era tan viejo como Orencio —pensé—, eso de que solo se mueren los viejos no era del todo cierto. O, lo que es lo mismo: si el padre de Tono era más joven que Orencio es posible que para morirse bastase con ser «solo un poco viejo».

Estaba hecho un lío. Mi mente pensaba a toda velocidad. Por eso insistí:

—¿Y qué le pasó exactamente a tu padre para morirse?

—Nada, se murió y punto.

Yo también sabía que los viejos se morían «y punto». Pero no lo tenía tan claro con los menos viejos. El asunto este de la muerte comenzaba a preocuparme.

Tono movió la cabeza y me miró de reojo:

—Déjalo, no quiero hablar más de eso.

—Vale.

Tenía razón. Fuera temas tristes.

—¿Sabes? —salté, de pronto, acordándome de la cosa más extraña que había oído en mi vida—: en mi pueblo, si quieres tener un hermano tienes que ir a buscarlo fuera.

Tono me miró, extrañado. Seguro que le pasaba lo mismo que a mí: no debía de tener muy claro cómo funcionaba eso de los hermanos.

—¿Y a dónde vais a buscarlos?

—Ah, eso no lo sé —respondí, sincero—, pero mamá dice que los niños que viven en mi pueblo nacieron en otras aldeas, y alguno, incluso, en otra ciudad. Yo estoy esperando a que venga mi padre para ver si podemos ir a buscar un hermanito... ¿Tú tienes hermanos?

Tono se miró las botas y señalándolas dijo:

—Eran de mi hermana.

—¿Y qué pasa, ya no le sirven?

—No, es que también se murió.

—¿En la guerra, como tu padre?

—No, no... se puso enferma y se murió en casa. Hace dos años.

Eso no me gustó ni un pelo. Estaba a punto de descubrir la gran duda de toda mi vida.

—¿Y... era muy vieja? —pregunté yo, temeroso, adivinando ya la respuesta.

—¡Qué va! Tenía once años.

¡Once años! En ese instante la boca se me llenó de saliva y me subió a la cabeza un calor enorme. Lo primero que calculé fue que me faltaban nueve meses para cumplir los once.

—¡Casi los años que tengo yo! —grité.

—Y yo... —dijo Tono, con tranquilidad.

Mientras pensaba en eso, el frío volvía poco a poco al balconcito del tren.

Casi era de noche. Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo y noté que los dos trozos de la foto rota de mamá seguían ahí.

Ahora el silencio era incómodo.

De pronto, sonó la bocina y el tren pegó un frenazo. Tono y yo nos golpeamos violentamente contra la barandilla. Después oímos muchos disparos y noté un viento muy caliente, como una tempestad al rojo vivo, y la ropa que me quemaba y la cara que me ardía.

Quise gritar pero ya no pude.

Y entonces vino la gran explosión...